

ACTOS MICRO-POLÍTICOS EN EL ABORDAJE PSICOSOCIAL EN EL PROGRESO DE PUNTARENAS

MICRO-POLITICAL ACTS IN THE PSYCHOSOCIAL APPROACH IN EL PROGRESO DE PUNTARENAS

Mariana Alpízar Guerrero
mariana.lpzr@gmail.com

Costarricense. Bachiller en Psicología de la Universidad de Costa Rica. Actualmente estudiante de licenciatura en Psicología. Investigadora y activista feminista.

Recibido 14/12/2017 – Aceptado 02/02/2018

RESUMEN

Este escrito surge de un esfuerzo realizado por diversas personas y grupos durante el año 2017, a partir de la ejecución de la Iniciativa Estudiantil LGBT-ando el Puerto, realizada en la zona de El Progreso de Puntarenas durante el año 2017, con una organización de sociedad civil conformada por personas LGBT, mujeres cisgénero, trabajadoras sexuales y personas con VIH-Positivo, entre otras poblaciones. El objetivo de este artículo no es sólo presentar los resultados de dicho proceso, sino además aplicar la categoría de abordaje denominada actos micropolíticos a dicha comunidad, en la cual se emplean metodologías como Investigación Acción Participativa, Pedagogías Críticas, Feminismos Postestructuralistas, entre otros enfoques teórico-prácticos. Se usan ejemplos concretos para la explicación de esta propuesta desde un lugar situado.

Palabras claves: Micropolítica, Pedagogías Críticas, Feminismos.

ABSTRACT

This writing arises from an effort made by various people and groups during the year 2017, from the execution of the LGBT-and-the-Port Student Initiative, held in the El Progreso area of Puntarenas in 2017, with an organization of civil society made up of LGBT people, cisgender women, sex workers and people with HIV- Positive, among other populations. The objective of this article is not only to present the results of this process, but also to propose the category of approach called micropolitical acts, in which methodologies are used as Participative Action Research, Critical Pedagogies, Post-structuralist Feminisms, among other theoretical-practical approaches. Concrete examples are used for the explanation of this proposal from a located place.

Keywords: Micropolitics, Critical Pedagogies, Feminisms.

INTRODUCCIÓN

En el presente artículo haré referencia a un proceso de investigación-acción participativa realizado en la zona de El Progreso de Puntarenas durante el año 2017, con una organización de sociedad civil conformada por personas LGBT, mujeres cisgénero, trabajadoras sexuales y personas con VIH-Positivo, como parte de un proyecto de Iniciativa Estudiantil, llamado *LGBT-ando el Puerto*.¹ Este proyecto fue presentado y ejecutado por Ale Ara Medina, estudiante de Ciencias Políticas y Sociología y mi persona, bachiller en Psicología y estudiante de licenciatura de la misma carrera.

Durante el camino, se llevaron a cabo una serie de alianzas que nos permitieron sumar múltiples voces, las cuales aún siguen dando un aporte fundamental a la comunidad, como es el caso del TCU 631 “Derechos sexuales, reproductivos y diversidad”, dirigido por Vanessa Beltrán.

Quisiera iniciar esta reflexión diciendo que es difícil pensar en un saber creado desde la individualidad total, sobre todo cuando se hace uso de metodologías críticas y feministas para la investigación, por lo que en este caso daré inicio

¹ Las iniciativas es que da la posibilidad a estudiantes de pregrado, grado y posgrado de la Universidad de Costa Rica, de presentar propuestas de Acción Social en cualquier lugar del país brindando apoyo presupuestario. El objetivo de las iniciativas estudiantiles es que se tenga una formación fuera de las aulas y un contacto con las comunidades.

a este diálogo con una aclaración. Aun cuando en el artículo menciono mis interpretaciones del abordaje realizado y aplico el concepto de *actos micropolíticos* a una comunidad en específico, todas las interacciones con las personas de este espacio y con el equipo que llevó a cabo el proyecto, nutrieron las ideas aquí propuestas. Es por ello que en algunos casos haré referencia a un “nosotros”, a veces de forma directa y otras tácitamente, para describir los abordajes realizados donde participaron diferentes personas. Otras veces hablaré en primera persona para delinear mis interpretaciones y conclusiones, las cuales no necesariamente son compartidas en su totalidad, por los demás miembros del proyecto y surgen de un proceso de reflexión desde mis saberes e intereses particulares.

Se hace indispensable dar inicio a los diálogos psicosociales respondiendo a la pregunta ¿desde dónde hablamos? propuesta por los feminismos situados (Haraway, 1999), una pregunta que no intenta llegar a la verdad, sino que más bien busca que en la enunciación se evidencien nuestras contradicciones. Aun cuando pensar el lugar desde donde hablamos pareciera ser un gesto demasiado obvio, es ahondando en la obviedad que consideramos que nos es posible soñar con lo diferente.²

Es a partir de mi particularidad que me interesa hablar, pues como mujer, como investigadora, como psicóloga comunitaria, como activista feminista y LGBTI, sé que para los cuerpos subalternos escribir es un acto profundamente político. Nombrar nuestra subjetividad, nuestra historia en un espacio jerárquico como lo es el universitario, es un ejercicio de resistencia, que demuestra que la academia no es un homogéneo, sino más bien un lugar de confluencia, en el cual hablar desde una misma es, en sí, un posicionamiento político. De allí que este artículo también hable de una experiencia situada en un espacio específico, en donde intento darle lugar a la voces que resonaron a lo largo del proyecto. Reconocerme subalterna no es asumir la posición de víctima, sino que se trata de comprender cuáles son mis herramientas y vulnerabilidades, para así entablar un diálogo con otras realidades también diversas.

El proyecto fue entonces presentado y ejecutado en conjunto, pero algunas de las conclusiones, teorizaciones y propuestas conceptuales fueron realizadas de

² Aquí salta a la vista la presencia de lo utópico, que desde una perspectiva psicoanalítica de Caruso (1974), plantea la imposibilidad de pensar en algo completamente diferente a nuestra realidad, pero que a la vez nos dice algo sobre nuestro deseo, esa búsqueda constante de aquello “diferente” a lo que se tiene. Un imposible que nos moviliza.

manera particular de acuerdo a los intereses de cada quien. En mi caso, en este artículo daré énfasis al psicoanálisis y los feminismos debido a que es desde esa mirada que he logrado interpretar la realidad de la comunidad en la que trabajamos y son esas teorías las que me permiten pensar en el concepto aquí propuesto. Justamente, en lo referente a la metodología del proyecto (investigación-acción participativa), así como las técnicas utilizadas, existe un diálogo entre la epistemología feminista, postestructuralista y decolonial, la educación popular, el psicodrama, el psicoanálisis y de las experiencias corporales que hemos tenido (las y los participantes del proyecto) como militantes y activistas en diversos espacios.

Por último, quisiera decir que me interesa, más que intentar resumir el proyecto de Iniciativa Estudiantil, presentar un análisis de algunas de las experiencias vividas que me ayudan a ejemplificar el concepto de *actos micro-políticos*, el cual propongo como estrategia de abordaje psicosocial en el trabajo con comunidades o con grupos. Para ello daré algunos ejemplos de cómo es posible unir los saberes clínicos psicoanalíticos y los feminismos en los contextos comunitarios, desde la cotidianidad.

En el primer apartado presentaré una descripción de la metodología y técnicas utilizadas, así como el marco teórico desde el cual analizamos nuestro abordaje psicosocial. En un segundo momento profundizaré sobre algunos elementos del contexto, un acercamiento inicial a lo micropolítico y al tema del espacio como parte de los abordajes situados. Como tercer punto me adentraré en las contradicciones como concepto móvil en la comunidad de El Progreso, y hablaré, a partir de ejemplos, de los actos micro-políticos, como una ética para el trabajo en las comunidades que busca poner en escena algo que no es posible poner sólo en la palabra. En el apartado número cuatro realizaré una reflexión sobre la importancia de la sistematización crítica y constante en todo proyecto de Acción Social, así como la construcción de redes para dar sostenibilidad a los proyectos y hacer un llamado sobre la centralidad de las comunidades en los mismos.

METODOLOGÍAS CRÍTICAS DE ABORDAJE PSICOSOCIAL

En el proyecto LGBT-ando el Puerto utilizamos para nuestros abordajes la metodología de Investigación Acción Participativa (IAP) (Fals Borda, 2007) y la Educación Popular (EP) (Freire, 1994), en consonancia con la corriente de pensamiento que surgió en las años sesentas y setentas en América Latina llamado Paradigma Emancipatorio, en el cual se reunían la Teología de la

Liberación, la Comunicación Alternativa, la Filosofía de la Liberación y tal como dije anteriormente, la IAP y la EP (Ortiz y Borjas, 2008). Justamente, tanto la IAP como la EP tienen en común una ética cuya base es el diálogo entre saberes, entendiendo que es la comunidad misma la que puede dar cuenta de su historia y a partir de allí transformarla. De manera tal que la academia, cuando se ubica desde un lugar crítico, tendrá el papel de movilizar las energías y las fuerzas en las comunidades con las que trabaje.

Es así como la IAP pone en evidencia que todo sujeto que entre a la comunidad, incluidas las personas que facilitan o acompañan, estará en constante contradicción, siendo parte del contexto, pero a la vez estando fuera del mismo. Es tener esa claridad lo que le permitirá hacer abordajes críticos observando siempre lo que sucede en el espacio e incluyéndose como actor en él.

Por su parte, la Educación Popular reivindica el papel de las comunidades como productoras de saber, teniendo claro que lograr una transformación social real es posible sólo si se parte de los saberes que ya existían antes de la llegada de ese “sujeto extraño”, que es quien investiga o quien realiza cualquier abordaje psicosocial. La educación Popular promueve el diálogo y la mirada crítica sobre las realidades complejas con las que trabajamos.

Ahora, aun cuando los abordajes fueron desde el Paradigma Emancipatorio, era evidente que la palabra *emancipación* tenía limitaciones que, si no interactuaban con otras propuestas teórico-políticas, se podían convertir en un obstáculo para el abordaje desde la particularidad y no desde la dicotomía. Este concepto surge de la dialéctica marxista que divide a los sujetos de forma binaria entre oprimidos y opresores. Por ello es importante poner a dialogar a estas teorías con otras perspectivas que nos ayudaron a pensar fuera de esas dicotomías, a saber, el feminismo postestructuralista, el teatro del oprimido y el psicoanálisis.

El feminismo postestructuralista fue una mirada transversal que compartimos ambas facilitadoras, a partir de la cual ejecutamos la propuesta y estuvo presente en todo momento, no sólo durante los talleres que realizamos, sino en general, mientras estuvimos presentes en el espacio. De esta perspectiva retomamos aquella idea de crítica radical a las categorías lingüísticas como una farsa. De todas las farsas, el género es una de las más perversas, pues a través de esas divisiones se jerarquizan los cuerpos en las sociedades patriarcales.

Ante esa falta en el lenguaje no propongo crear más palabras, sino reivindicar la importancia del quiebre del lenguaje en sí y comprender que hay elementos que nunca podrá nombrar. Tal es el caso del género. En El Progreso, las personas juegan con las categorías “playo” “travesti” y “trans”, así como con las categorías “hombre” y “mujer” como forma de sobrevivencia y existencia. Y esto fue un ejemplo claro de lo que Butler llamó *performatividad del género* (1993), pues en El Progreso a veces se era un hombre, otras una mujer y otras se era ambas y esto no era nombrado como un problema sino más bien como una potencia.

Ahora, para analizar estos quiebres en el lenguaje, al abordar la performatividad del género, es fundamental hacer un diálogo entre el feminismo postestructuralista y el psicoanálisis que indican que la palabra no lo puede decir todo y tan importante es lo que se habla como lo que se calla, los tabúes, las censuras, los temores y angustias. Aquello que el silencio enmascara y lo que oculta. Todo esto también forma parte de la cultura y del malestar social (Freud, 1930). Es a través de la censura y el establecimiento de roles de género imposibles de cumplir que se crea en las personas la fantasía de ser hombre y ser mujer y esto a la vez causa una insatisfacción constante, una fractura identitaria y la necesidad de probar constantemente que se es una sujeto cerrado, sin dudas, certero. Ser hombre o mujer implica el cumplimiento de una serie de características constantemente, pero también se trata de evitar otras a toda costa.

En la propuesta de Luce Irigaray (1982), se piensa al sujeto femenino como fragmentado. Incluso como aquel que no se puede nombrar a sí mismo, pues sólo es un reflejo de *lo uno* (que es lo masculino como única posibilidad en el patriarcado). La autora propone la deconstrucción del lenguaje y la construcción de otras formas de comunicación fuera de los límites patriarcales jerarquizados en donde a las mujeres les sea posible nombrarse, sin hacer referencia a ese sujeto masculino que las representa en la jerarquía social. Romper con la objetivación significa empezar a tener palabra y autonombrarse.

Ese lugar de exclusión es también retomado por el feminismo decolonial para hablar de *sujetos subalternos* (Spivak, 2003) y de la necesidad de que estos se nombren a sí mismos, aun cuando el lenguaje está construido desde la desigualdad. Es decir, lo que proponen ambos feminismos, posestructuralistas y decoloniales es pensar en lenguaje no sólo en términos de su falta, sino también de las jerarquías que impone.

Por último, el teatro del oprimido, es también una propuesta que dialoga con el psicoanálisis y con las pedagogías críticas. Se pone en el escenario aquello que es difícil apalabrar y que surge en el grupo o en el sujeto que actúa (Boal, 1980). La idea es *prestar el cuerpo*, individual y grupal, para lograr un acompañamiento de aquello que causa emoción. Es un método catártico- colectivo. Aquí se prioriza el cuerpo, antes que la palabra, pues se entiende que inicialmente sentimos y luego pasamos a lo simbólico.

A partir de lo anterior, en términos prácticos propusimos, en la Iniciativa Estudiantil, dos formas de trabajo, una fue el taller, en donde empleamos fundamentalmente técnicas de Educación popular y Psicodrama. Los temas que trabajamos allí fueron: estrategias de comunicación, conflictos intragrupal, estrategia política para la visibilización de la organización social y logística para la planificación de la primera marcha en contra de la lesbo-bi-trans fobia en Puntarenas, realizada el 17 de mayo del 2017. La otra forma de trabajo, que es la que más me interesa mostrar en este texto, es la de los actos situados en momentos y espacios específicos, no sólo en los talleres sino en la convivencia con los miembros de la comunidad. Estos abordajes los hicimos de acuerdo a la subjetividad de las personas presentes. Es decir, actos en lo micropolítico, que buscaban poner en escena, antes que en la palabra. Sobre esto último ahondaré en los próximos apartados.

CONTEXTO MICROPOLÍTICO Y SABERES SITUADOS

La idea de lo micropolítico es utilizada fundamentalmente por teóricos y teóricas postestructuralistas, como es el caso de Guattari y Rolnik (1996). Y surge debido a la necesidad de situar los procesos políticos en el tiempo, en los espacios y en los cuerpos. Es decir, se trata de un gesto de ruptura hacia los binarismos en la academia y en los movimientos sociales que presentan conceptualizaciones de lo político como algo abstracto y alejado de los sujetos que lo producen. Esto se vincula además con la propuesta foucaultiana de poder como productor de corporalidades (Foucault, 1975). Un poder que está en todas partes y fundamentalmente un poder ante el cual es posible resistir (1997).

Para Rolnik y Guattari "La micropolítica tiene que ver con la posibilidad de que los agenciamientos sociales tomen en consideración las producciones de subjetividad en el capitalismo, problemáticas generalmente dejadas de lado en el movimiento militante" (p. 202). No sólo son dejadas de lado las producciones

cotidianas del capitalismo, sino también del patriarcado, pues, tal como dice la famosa frase de Kate Millet, representativa de la segunda ola del feminismo “Lo personal es político”, es decir, el sujeto importa. Esa fue una de las más grandes luchas del siglo XX y aún del presente: sacar del plano de lo privado aquello que atañe a la colectividad, como el tema de la violencia hacia las mujeres.

Hablar de micropolítica permite un abordaje desde la singularidad que reconozca la interacción entre los procesos políticos más amplios y los más específicos, de una forma no binaria (Guattari y Rolnik, 2006). Es decir, no se trata de construir teoría psicologizante e individualizante ni tampoco de hacer referencia a grupos pequeños (diferenciándolos de las masas del marxismo), sino que más bien se trata de diversificar lo político, y agregar también los actos cotidianos que surgen desde los sujetos y que también los conforman. Es importante hablar desde lo micro, pues es allí, en el detalle, donde podemos hacer lecturas radicalmente críticas de nuestras historias.

Dicho esto, profundizaré en el espacio en el cual trabajamos desde la Iniciativa estudiantil, introduciendo algunos temas que me ayudarán a dilucidar el lugar de lo micropolítico en El Progreso y además adelantando algunas interpretaciones sobre elementos presentes en ese contexto, a través de los cuales centramos nuestro abordaje y que en este texto me permiten presentar la propuesta de la praxis psicosocial desde la micropolítica psicoanalítica y feminista en los espacios comunitarios. Es por ello que este apartado, más que ser descriptivo únicamente, busca ser analítico, asumiendo que no existe una sola realidad, sino que más bien nuestra mirada está situada en un marco de interpretación en el que confluyen un amplio contexto y múltiples subjetividades en interacción (Butler, 2006).

El Progreso de Puntarenas es una comunidad que se encuentra cercana a la calle principal de El Roble, pero que a pesar de esa cercanía con “el centro”, en términos simbólicos es parte de la periferia. Es una de las tantas tierras tomadas por los vecinos y vecinas de la provincia en los años 40s, al igual que la Gran Chacarita, Juanito Mora o Carmen Lyra. Espacios ocupados por campesinos y campesinas en la primera década del siglo XX que, con su nombre, hacen homenaje a líderes comunistas que tuvieron un papel fundamental en las tomas de tierra en Puntarenas y que aún en la actualidad resuenan en los relatos que cuentan sus habitantes en la cotidianidad, los cuales serán retomados más adelante.

El Progreso además es considerado una zona marginalizada, porque sus dos principales formas de sobrevivencia son el narcotráfico y el comercio sexual. Por lo tanto, aun cuando la comunidad es, formalmente, parte del distrito de El Roble,

las personas de la provincia algunas veces la ubican en el distrito de Barranca o incluso “en medio” de El Roble y Barranca. Pareciera entonces que ninguno de los dos distritos la acoge como suya o incluso que existe un sentimiento de expulsión por parte de los vecinos y vecinas de la comunidad.

Justamente, alguna vez, una de las personas habitantes del espacio nos dijo que “El Progreso es el basurero de todos los desechos de Puntarenas”, pues es el lugar destinado para las personas que acaban de salir de la cárcel, las y los habitantes de calle, las mujeres trabajadoras sexuales que ya no ejercen en Jacó o en zonas más turísticas. También es el lugar de pequeños vendedores de droga que huyen de otras comunidades marginalizadas como Fray Casiano o de zonas aledañas. Es decir, El Progreso es la periferia de la periferia. El lugar al que llegan los sujetos desechados del Pacífico, de la costa turística puntarenense.

En esa comunidad, existe un sector llamado “Las Parcelas” en donde las condiciones son aún más adversas. Hasta hace poco tiempo hay luz y aun cuando los carros de la municipalidad pasan todas las semanas, las personas suelen tirar la basura en el patio o en la calle, con lo cual las enfermedades se propagan más fácilmente.

Físicamente Las Parcelas se asemejan a un laberinto, en donde, sólo las personas que viven allí, conocen todas sus callejuelas y atajos. Aun cuando, desde la Iniciativa Estudiantil, trabajamos en la comunidad todo el año, fue hasta la tercera visita que se nos explicó la lógica de los caminos. La calle principal, de piedra, es más peligrosa en cuanto a la posibilidad de ser asaltado, mientras que los atajos son menos transitados, por lo tanto, más seguros. Sobre todo, cuando se es una mujer trans, trabajadora sexual y se debe pasar por allí a altas horas de la noche, bordeando la comunidad para no ser interceptada por alguna persona que tenga el deseo de violentarlas.

Tal como se ha venido sugiriendo, el Estado (Gobierno e Instituciones estatales) no tenían un lugar central en la comunidad, más que de olvido y abandono. Es a partir de la creación de una organización de sociedad civil cuando se comienza a recibir apoyo por parte de instituciones y del partido Liberación Nacional. Este último ubicaba a la población como la otredad a la que se le “ayuda” con un sentido clientelar. Esta realidad asistencialista hace que lo esperado por las y los habitantes sea en términos de ayuda y no de cumplimiento de sus derechos.

En este escenario, una de las mayores contradicciones presentes en El Progreso es la institucionalización del narcomenudeo y el comercio sexual como la norma que rige la vida cotidiana en la comunidad, paralelo al vínculo político entre la

organización de sociedad civil y las instituciones estatales, así como el Partido Liberación Nacional. Ambas realidades convergen y ambas son utilizadas por las personas de la comunidad para *sobrevivir*.

Por una parte el narcomenudeo y el comercio sexual crea vínculos familiares, amistosos y laborales que les protegen de ser asesinados o asesinadas dentro de la comunidad, pero, por otra parte son personas LGBT, en su mayoría mujeres (trans y cisgénero) y con múltiples interseccionalidades, por lo que corren peligro cuando salen de su comunidad.³ Para las y los habitantes de El Progreso son las redes de narcotráfico las que construyen colectividad y brindan seguridad, mientras que ser una persona LGBT de Puntarenas es aquello que les excluye del sistema educativo, del trabajo y del sistema de salud.⁴

Ahora, es a partir de este año, con la interacción de múltiples factores, que logran ir ganando legitimidad frente a las instituciones estatales y se constituyen como una de las organizaciones LGBT de Puntarenas (liderada en su mayoría por mujeres) con más redes, alianzas y proyectos a nivel provincial. Es en ese momento de transformación cuando la Iniciativa Estudiantil llega “formalmente” con el proyecto LGBT-ando el Puerto, pues ya anteriormente habíamos estado visitando el lugar, pero no realizando abordajes.

Nuestra primera visita fue un gesto de acompañamiento a su Asamblea, un evento que se hizo abierto y en el cual pudimos conversar con las personas allí presentes. Desde ese momento se dieron múltiples demandas sobre nuestro lugar en el espacio como representantes de la Universidad de Costa Rica, de San José y como entes externos que se interesaban en trabajar allí. Sin embargo, a pesar de cuán interesante puede ser relatar cronológicamente nuestro trabajo, han sido meses en los que fuimos de gira una vez cada semana, o una vez cada quince días, por lo que sería imposible relatarlo todo, no sólo en términos de espacio sino también debido a los límites del lenguaje.

³ Una persona trans es la que no se siente identificada con su sexo de nacimiento y tiene el deseo de modificarlo de alguna manera y una persona cisgénero es la que sí se siente identificada con su sexo de nacimiento. Los sujetos no binarios son los que o bien no se identifican con ninguno de los dos géneros o bien se identifican con ambos.

⁴ Interseccionalidad es un concepto que surge del feminismo ante la necesidad de reconocer las particularidades presentes en los grupos sociales, y que busca evitar la homogenización de las categorías. Da importancia no sólo al género sino también a la clase social, la edad, el lugar de procedencia, el estatus migratorio, etc. Estas condiciones modifican tanto las formas de discriminación de las que va a ser objeto cada individuo como el acceso a la salud, la educación, el trabajo y el libre tránsito.

Por otra parte, quisiera centrarme específicamente en aquello que nombro *actos micro-políticos* que, si bien no se trata de un concepto nuevo, su aplicación al trabajo comunitario desde lo psicosocial, reivindicando el acto, antes que la palabra, en esta comunidad en específico, propone algunas ideas novedosas. Para acercarme a lo que entiendo por estos actos que buscan vincular algunos elementos de clínica psicoanalítica con los abordajes psicosociales en comunidades, me parece apropiado iniciar definiendo lo micropolítico, que ha surgido del trabajo dentro de la comunidad y que fue movilizandando fuerzas desde la contradicción, no para combatirla o para promoverla, pues esto hubiese sido convertirla en un fin en sí mismo, sino más bien como medio para la movilización de energías colectivas. A continuación, analizaré algunas de esas contradicciones, teniendo siempre presente que no se trata de dicotomías, sino más bien de fuerzas que confluyen en un mismo momento y lugar, pero que nuestro lenguaje binario nos impide nombrar de otra forma.

CONTRADICCIONES MÓVILES Y ACTOS MICRO-POLÍTICOS

Desde la posición psicoanalítica, en diálogo con los feminismos y con la pedagogía crítica, así como la Investigación Acción Participativa se entiende que todo abordaje comunitario se encuentra atravesado por ese “diálogo imposible” en el cual intentan comunicarse las personas dentro y fuera del espacio. Pese a que el diálogo siempre será imposible debido a esa falta inmanente al lenguaje, lo seguimos intentando por diferentes razones, la fundamental de ellas es nuestra necesidad de crear lazo social, de encontrar en el otro un reconocimiento de nuestra existencia. Si no fuera por ese deseo de diálogo, con los “iguales” o con “los otros”, sería imposible pensar en una colectividad y por tanto también sería imposible pensar en la construcción de formas conjuntas para transformar nuestras realidades. Es esa paradoja la que nos ubica a los seres humanos en una constante lucha entre la búsqueda de una singularidad y la necesidad de una colectividad.

Debido a que los seres humanos somos contradicción, es imposible hablar en términos dicotómicos o en un lenguaje de “la verdad”. Y debido también a que, tal como lo plantea Butler existen marcos a través de los cuales interpretamos el mundo (2010), todo abordaje psicosocial (desde la psicología, la sociología y/o el psicoanálisis, o incluso las ciencias sociales en general) debe pretender ser lo más cercano a un diálogo en donde no sólo existan monólogos entre individuos, sino que las personas facilitadoras o facilitadores del espacio intenten trabajar desde las realidades de los sujetos de la comunidad y no desde sus propios egos o necesidades conscientes o inconscientes.

Es esta posición ético-política la que, como equipo, asumimos en la iniciativa estudiantil y la que me permite ahora mostrar algunos de nuestros abordajes en la cotidianidad de la comunidad de El Progreso. Teniendo claro que la comunidad no es un espacio clínico, pero que las herramientas de la clínica, sobre todo de la psicoanalítica-feminista, dotan de saberes fundamentales que hacen de los abordajes un asunto micropolítico de transformación social.

Pero ¿Qué quiero decir cuando hablo de actos micro-políticos en lo psicosocial? Hago referencia a actos que se ejercen en un espacio y tiempo determinados, de acuerdo a la interpretación que se haga de la historia comunitaria, en la cotidianidad, tanto en talleres como en los espacios de convivencia cotidiana, que buscan movilizar ideas que ya han sido asumidas en la colectividad pero que entorpecen la transformación de los grupos y que, más que utilizar sus contradicciones como potencia, los asumen como parte de su contexto y se constituyen como mito cultural. Es decir, se trata de poner el cuerpo, desde el lugar de facilitadora(s), para actuar sobre alguna práctica instaurada culturalmente en el grupo de manera tal que, sin necesidad de una “psicoeducación” jerárquica, se aborden duelos, tabúes, estereotipos sociales compartidos por los sujetos que los llevan a una repetición constante y por lo tanto a un estancamiento en su historia.

Estos actos surgen en momentos no “controlados”, pues se hacen en lo cotidiano (en un desayuno, al finalizar un taller o antes de empezar) pero no por ello dejan de ser pensados por las personas que facilitan, pues, al asumir una ética psicoanalítica-feminista y de pedagogía crítica se transversaliza una forma de relacionarse con las personas de la comunidad que siempre esté investida de una mirada analítica situada, es decir, desde la comunidad. Entonces, esta es una propuesta para entender la contradicción como motor, como medio para la transformación, como forma de ruptura, y también es una propuesta para pensar el cuerpo de quienes facilitan proyectos en espacios grupales como un medio para poner en crisis el establishment.

Es a partir de esto que he sistematizado algunas de las contradicciones presentes en la comunidad en la que trabajamos y sobre las cuales realizamos “actos micro-políticos”, a manera de ejemplo. La descripción de nuestro abordaje será presentada sólo de manera general, buscando el respeto a la confidencialidad y será realizada con el objetivo de poner en ejemplo la propuesta. De ninguna manera se intentará exponer de una forma jerárquica a los sujetos de la comunidad desde una perspectiva patologizante, victimizante o poniéndoles como una otredad sin capacidad de agencia. Esta salvedad es fundamental pues la sistematización y

la escritura acerca de abordajes psicosociales debe mantener la claridad de que hablamos sobre personas y por lo tanto el cuidado debe ser mucho mayor al que se tiene en otros contextos.

Sujetos-desecho y comunidades en resistencia

En sociedades capitalistas-patriarcales los sujetos subalternos hablan desde un “nosotros” no reconocido por las normativas lingüísticas que sólo legitiman la voz de personas ubicadas en una hegemonía (Spivak, 2003). Es por ello que Spivak problematiza la idea de construir la voz de los subalternos, cuando las coordenadas son las del binarismo: opresores-oprimidos. Un marco que limita las posibilidades para la creación de un lenguaje que incluya a los cuerpos considerados inferiores en ese esquema de pensamiento moderno, occidental.

Es por ello que ese discurso es asumido por los sujetos subalternos al punto de contar su historia en los términos de las hegemonías. Justamente en la organización en la que trabajamos existe una disputa entre el discurso oficial, que les ubica como “desechos” y su deseo de resistir. Tal como mencionaba al principio del texto, El Progreso se ha convertido en un lugar que simbólicamente y físicamente ha sido a donde llegan esas personas expulsadas de otros espacios, de la cárcel, del sistema educativo, incluso de otras redes de narcotráfico de Puntarenas. Los habitantes de El Progreso también lanzan la basura en sus patios y luego, al finalizar la semana, la queman, con lo cual, a pesar de que la municipalidad pasa recogiendo la basura semanalmente, la práctica de quema de eso desechos sigue siendo común.

Sucede además, que las personas de El Roble y de Barranca dicen que el progreso no les pertenece o que se encuentra “en medio” de ambos distritos, con lo cual a veces se dificulta la construcción de proyectos institucionales en el tanto El Progreso es considerada esa comunidad que se desecha y a la que no llegan los recursos.

Es la resistencia con este discurso que empieza a funcionar como motor para la organización de algunas de las personas de la comunidad en torno a su reconocimiento como sujetos de derecho, es decir, a su reconocimiento como humanos y humanas y no como desechos sociales. Es allí donde la Iniciativa Estudiantil tuvo un lugar importante como representante de la Universidad de Costa Rica que legitimó esa búsqueda de existencia. En todo momento hubo un

interés por promover formas de organización contraria a esa idea que se tenía sobre ellos y ellas, por ejemplo, mencionando en conversaciones el hecho de que en las periferias costeras, a pesar de existir organizaciones LGBT, no era allí donde llegaban los recursos sino a la GAM. Y que esta práctica no debía ser normalizada.

Además, realizamos videos y otras estrategias de difusión que, paralelo a los esfuerzos de la comunidad y de algunas instituciones, permitieron dar a conocer el activismo ejercido en Puntarenas por parte de la organización. Pese a que en las conversaciones constantemente se hacía presente el discurso repetido que las y los ubicaba como la marginalidad-desecho, fundamentalmente al hablar de sus prácticas culturales instauradas, en algunos momentos clave les decíamos que aun nombrándose desde la vulnerabilidad existían formas de agenciamiento como grupo minoritario que no buscaban invisibilizar sus vulnerabilidades o eliminarlas completamente (como si esto fuera posible), sino más bien generar las condiciones para el acceso al trabajo, a la educación, a la salud y a la expresión artística.

Al principio de la Iniciativa existía un gran temor porque nosotras y nosotros “abandonáramos la comunidad” o “nos olvidáramos de ellas” lo cual se nos hacía saber a manera de reclamo asumiendo que en algún momento esto iba a pasar. Justamente, para garantizar que este “abandono” no sucediera de una forma traumática no sólo anunciamos que en algún momento terminaría la intervención, sino que también construimos redes con trabajos comunales universitarios con el fin de darle sostenibilidad al proyecto y entendiendo que, en el caso de esta comunidad, era especialmente importante dar seguimiento a los procesos iniciados. Es por ello que estos trabajos comunales ya se encuentran en la construcción de un plan para el año próximo que responda a las necesidades y particularidades de la comunidad. Con esto, además, hemos incluido una “terceridad”, pues es importante que no se creen dependencias sobre nuestra presencia en el lugar para facilitar los procesos.

Sin embargo, aun cuando desde la Iniciativa se han dado estos abordajes, entendiendo los discursos que se repiten en la comunidad, evidentemente este es un trabajo constante que es importante mantener. No sólo se hacen estos actos en un sólo momento y de una sola forma, sino que es fundamental decirlo en diferentes registros con actos simbólicos. Pero más importante aún que realizar estos actos, es que estos sean asumidos por los sujetos en el espacio. Justamente esa problematización sobre los recursos que se quedan en la GAM y la necesidad de exigir proyectos en Puntarenas les lleva a construir redes con instituciones de

Puntarenas y con otras organizaciones sociales a nivel nacional. Una vez que les planteamos esta problematización en la distribución de los recursos, les apoyamos con la escritura de algunas cartas en donde las personas de la comunidad hacían el reclamo directo por la desigualdad y la falta de interés en la costa, por parte de organizaciones LGBTI.

En otro momento, algunas organizaciones y personas activistas que deseaban trabajar en la comunidad se comunicaron con la Iniciativa Estudiantil con el objetivo de que fuéramos nosotras como facilitadoras, quienes les diéramos “la entrada” o habláramos por la organización. Con lo cual constantemente respondíamos dando el contacto de la organización o explicándoles cómo podían acercarse ellos y ellas mismas al lugar, pero nunca, hablando por la comunidad.

A partir de allí se ha asumido la contradicción entre ser sujetos marginalizados (no como esencia sino como discurso) y sujetos en resistencia, entendiendo que, tal como la plantea Butler no es posible una resistencia sin vulnerabilidad (1993). Es eso lo que crea colectividad, la idea de que, aún con las diferencias interseccionales, todas las personas tienen duelos, dolores, traumas que los vinculan de alguna manera. Es eso justamente lo que caracteriza a la organización con la que trabajamos, que incluyen a la comunidad. Aun cuando sabemos que no existe la inclusión total, siempre existen discriminaciones y jerarquías. Hasta en los espacios más marginalizados.

Repetición y ruptura de violencias

Cuando, desde la Iniciativa Estudiantil, hacíamos talleres, constantemente se hacían presentes niños y niñas que, con pies descalzos y el estómago vacío. Llegaban buscando galletas o esperando con ansias la repartición de comida en el almuerzo. En el primer taller, la comida fue efectivamente repartida, sin embargo, las personas de la organización que lo estaban haciendo olvidaron darle a los niños y niñas, con lo cual dividimos los platos de las personas de la Iniciativa en cinco personas, para que ellos y ellas recibieran comida. Este acto fue con la idea de legitimar la presencia de los niños como parte de la comunidad. Antes del taller les preguntamos cómo se llamaban en medio de las personas adultas que habían sido convocadas por la organización.

En la siguiente gira, al repartir la comida, los niños y niñas se encargaron de hacerlo y cuando estaban comiendo en el corredor, donde también estaban los

adultos, una de las personas más apreciadas por la comunidad les dirigió a los infantes una pregunta. Este fue uno de los momentos más importantes de quiebre y problematización sobre las violencias asumidas como parte de la cultura en El Progreso, pues se estaba reconociendo su existencia y su palabra.

También con respecto a los niños y niñas y su lugar como humanos en la comunidad, debido a que se hacían presentes en todas las actividades, en la Iniciativa Estudiantil solicitamos recursos para trabajar con ellos y ellas particularmente. En un primer momento llevamos balones de fútbol que fueron utilizados por ellos, sin embargo, al finalizar nuestra gira todos se habían perdido. En la siguiente gira sólo llevamos uno, y les dimos la siguiente consigna: el balón lo administraría una de las mujeres trans de la comunidad, de manera tal que si lo necesitaran para jugar debían pedirselo a ella y una vez finalizado el día, lo devolverían a ella nuevamente. Si el balón se perdía, no volveríamos a llevar otro, sin embargo, no se volvió a perder.

Esto también sentó un precedente sobre el tema del asistencialismo, en el tanto se trataba de administrar recursos de la universidad que no tenían como objetivo hacer regalías que al final no cambiarían de ninguna manera su realidad de fondo, sino que buscaban la generación de herramientas para la expresión de las y los pobladores de El Progreso y para la puesta en práctica de formas de vinculación distintas a las que promueve el Estado paternalista. Tal como lo plantea Bourdieu (2000), así es como funciona la violencia simbólica, a través de la adhesión que conceden los dominados a su dominador, creyendo que les es imposible existir de otra forma que no sea la del reflejo de un discurso repetido sin cesar, el que legitima la subordinación. Sin embargo, es su contribución en la dominación la que prueba que existe una capacidad de agencia, pues no se trata ya de una dicotomía entre oprimidos y opresores, en donde los primeros no tienen posibilidad de actuar, sino que se asumen la existencia del poder en todas partes y por lo tanto también es posible la resistencia.

En nuestra tercera gira, cuando fuimos por primera vez con un Trabajo Comunal Universitario de la Escuela de Ciencias Políticas escuchamos que una de las mujeres de la comunidad no podría asistir al taller porque su esposo la estaba agrediendo. Fue entonces cuando pregunté si ya habían llamado a la policía y me respondieron que sí lo habían hecho, pero esta no había llegado a tiempo. Allí decidí llamar *supuestamente* por segunda vez. En ese momento en la comandancia me dijeron que nadie había llamado anteriormente y enviaron una patrulla. Entonces nos dimos cuenta que nuestro lugar como universitarios y universitarias ponía

un límite con aquello que era considerado violencia ya instaurada y aceptada por la comunidad. Tomamos la decisión de hablar y actuar abiertamente sobre las violencias no como algo normal sino como una práctica aprendida.

A partir de este acto de llamar a la policía hubo una ruptura fundamental y algunas de las personas de la comunidad lo consideraron como una crítica hacia ellas, mientras otras personas se sintieron acompañadas o, como le llamamos desde los feminismos postestructuralistas: acuerpadas. Quien había vivido violencia de género se acercó al espacio y empezó a hablar al respecto. Con ella, otras mujeres también lo hicieron y surgió la idea de crear un grupo de acompañamiento y escucha para mujeres, madres e hijas, en donde se trabajaran violencias y sexualidades.

Posteriormente, en un taller, mientras abordábamos el tema de las violencias, con teatro del oprimido, una de las personas que asistió habló de una situación de violencia sexual que había vivido, a lo que algunas de las demás respondieron con burlas. En ese momento no intervenimos directamente y una de las mujeres respondió de forma contundente diciendo “la violencia sexual no es graciosa y para quienes la han vivido no es bonito, nunca lo va a ser”. En ese momento hubo una división en el grupo, quienes acompañaron la idea de la violencia como algo inaceptable y quienes se incomodaron con esta puesta en palabra de la necesidad del límite y de la denuncia. En ese momento se tomó una pausa y luego volvimos para el cierre, en el cual se buscó construir lazos afectivos con el intercambio de palabras entre las personas que deseaban hacerlo.

Justamente, trabajamos en diferentes momentos sobre el tema de la normalización de las violencias, tanto con las personas adultas como con los niños y niñas, poniendo énfasis en que, el consentimiento en las prácticas sexuales, la seguridad en los espacios, el acompañamiento y escucha son fundamentales para lograr la construcción de una colectividad. Pero también asumimos que la agresividad es, algunas veces, una forma de sobrevivir, por lo tanto, no se trata de censurar las manifestaciones de agresividad de manera indiscriminada, sino más bien de repensar lo asumido a priori, aquello que no se cuestiona, pero que se hace fundamental apalabrar. Bourdieu muestra, de forma lúcida, uno de los mitos del abordaje psicosocial que considera la crítica como una práctica políticamente incorrecta y hace énfasis en que, la falta de análisis de las realidades contradictorias en las cuales trabajamos es más bien una subestimación de las potencialidades de los grupos sociales subalternos.

En realidad, contra la tentación, aparentemente generosa, a la que han sacrificado tantas cosas los movimientos subversivos, de ofrecer una representación idealizada de los oprimidos y de los estigmatizados en nombre de la simpatía, de la solidaridad y de la indagación moral y de no señalar los propios efectos de la dominación, especialmente los más negativos, hay que asumir el riesgo de parecer que se justifica el orden establecido desvelando las propiedades por las cuales los dominados (mujeres, obreros, etc.), tal como la dominación los ha hecho, pueden contribuir a su propia dominación (Bourdieu, 2000, p, 138).

Es decir, la posibilidad de agenciamiento también reside en que, desde las comunidades y cualquier grupo social, se pongan en diálogo las contradicciones, las violencias, las dominaciones en las que se participa y que se promueven, pero contra las cuales también es posible resistir. Justamente, mientras viajábamos en un carro con uno de los señores de la provincia él nos contaba “en Puntarenas las comunidades toman nombres de viejos héroes o heroínas, como Carmen Lyra o Juanito Mora, tierras tomadas en los tiempos del comunismo, en otros casos también se ponían nombres para burlarse de las promesas del Estado, por ejemplo, el Progreso, ¡Tomen aquí está su Progreso!”. Y es que, esos ideales discursivos empiezan a ser cuestionados por los sujetos cuando eso que llaman progreso, no llega a su comunidad, pero sin embargo es tomado y resignificado, desde otro lugar. El Progreso no es nunca lineal, no es un fin en sí mismo, el progreso es más bien, transformación. La pluralidad en las formas de interpretar un significativo pueden también hacer una gran diferencia en los espacios micro-políticos.

Sobrevivencia y existencia digna

Cuando las organizaciones LGBT, sobre todo las que se encuentran lideradas por personas trans en Costa Rica, hablan de los escalofriantes datos que atañen a las posibilidades de sobrevivencia de dicha población, cuando dicen que las mujeres trans tienen una expectativa de vida de 35 años debido a la exclusión del sistema educativo, laboral y de salud (REDLACTRANS, 2016), se ponen los pelos de punta en quienes escuchan por primera vez esta realidad y se movilizan los apoyos que se puedan extender, desde las instituciones, el Estado, las organizaciones sociales e incluso los Organismos Internacionales. En una situación de emergencia como esa, es fundamental generar estrategias de sobrevivencia que permitan hacer frente a esas muertes a temprana edad que también importan. Cuando no se tienen las condiciones mínimas para vivir se debe empezar por lo mínimo que es el reconocimiento de la existencia.

Durante este año en El Progreso se han recibido apoyos por parte del IMAS, que en principio podía dar becas sólo a personas que tuvieran una familia heterosexual o a mujeres cisgénero con hijos e hijas. A partir de la movilización de voluntades y de un llamado del Gobierno a acatar el Decreto Presidencial que obligaba a trabajar por la disminución y posterior eliminación de todo rastro de discriminación hacia la población LGBT, el IMAS empieza a dar becas en Puntarenas a personas LGBT sin la familia tradicional y a mujeres trabajadoras sexuales sin hijos e hijas, haciendo los límites de la normativa, cada vez más amplios y entendiendo que lo importante es generar respuestas ante una situación de emergencia. Esto empieza a movilizar la idea de desecho que se repite acerca de El Progreso, pues fueron las personas de allí quienes se empezaron a organizar para exigir su sobrevivencia.

Es en los espacios informales, sentadas en una piedra, en medio del barrio, mientras los niños y niñas jugaban alrededor que empezaron a surgir las emociones de descontento, de enojo, debido a las agresiones que sufren las trabajadoras sexuales en El Progreso, no sólo por parte de sus clientes, sino también de los policías e incluso de niños, y adolescentes que las perseguían con piedras y tablas llenas de clavos. Fue allí donde una de ellas propuso hacer una marcha para exigirle al alcalde de Puntarenas más seguridad, educación para las Fuerza Pública y la formación de una Comisión de Diversidad Sexual en la municipalidad en donde se construyera un plan para la población LGBTI para el 2018. Fue entonces cuando realizamos dos talleres, uno de estrategia y el otro de logística, para apoyar en la división de tareas para el gran día. El 17 de mayo, día en contra de la lesbo-bi-trans-fobia se realizó, por primera vez, una marcha LGBT en la provincia. Al llegar una de sus lideresas contaba “Nosotras les pedimos a las chicas de la UCR que hablaran ellas en el micrófono porque nos daba miedo, pensábamos que no sabríamos qué decir, pero luego, perdimos el miedo y ya no había nadie que nos callara”.

Efectivamente, cuando nos habían dicho a nosotras que habláramos en el micrófono lo hicimos una sola vez, apoyando y dando palabras de aliento, reconociendo su trabajo y el momento histórico que estaban viviendo. Más, después de allí, decidimos no hablar más y rechazar hablar por ellas. Al finalizar lograron una cita con el alcalde y la firma de sus peticiones. Posteriormente en el equipo de la Iniciativa y los TCUs nos dimos cuentas de la gran importancia que tiene ese trabajo subterráneo, micro-político del reconocimiento de sus demandas como legítimas y de una escucha que, lejos de normalizar esas violencias, promovía eso que, en los talleres, cuando utilizamos la técnica de

Dragon Dreaming llamábamos “el círculo del proyecto” que se dividía en cuatro partes: Soñar, Planificar, Actuar y Celebrar. La marcha fue una expresión de esas fases, pero sobre todo fue sueño y celebración.

LA RATIFICACIÓN Y SISTEMATIZACIÓN COMO FORMA DE AUTOANÁLISIS

La Iniciativa Estudiantil visitaba a la comunidad, en un primer momento, una vez a la semana, durante tres días. Nos quedábamos dentro de la comunidad, conviviendo con ellos y ellas, compartiendo en diferentes momentos de su cotidianidad y en muchos casos prestando una escucha a personas que antes no habían tenido un espacio de expresión. Posteriormente, en una segunda etapa íbamos cada quince días. Poco a poco nos fuimos convirtiendo en esas personas a las que se esperaba los fines de semana y la salida de una cotidianidad difícil de cargar. Debido a que en la primera etapa sólo íbamos al espacio observando y participando de sus actividades, con el objetivo de construir un plan situado de trabajo durante el año, empezamos a recibir demandas que, con el tiempo se fueron convirtiendo en aquello que se esperaba de nosotras. Por ejemplo, se esperaba una escucha constante, una resolución de algunos de los conflictos emocionales y económicos, una tutela de sus procesos o incluso una presencia que “apagara fuegos”. En espacios de emergencia siempre surgen conflictos, justamente emergentes, en los cuales es fácil quedarse estancado, como lo es el tema del alimento, los conflictos de tierras, la violencia que requiere ser trabajada. Es posible que, si esos conflictos se siguen tratando como algo momentáneo y no de manera procesual, los sujetos que realizan una labor psicosocial se conviertan en parte de la problemática.

Debido a que el equipo estaba en constante diálogo y análisis de lo que acontece en el espacio, decidimos dar inicio con la construcción de redes, que resultó convirtiéndose en una terceridad en el vínculo, pues este se estaba convirtiendo en dependiente y se hacía fundamental pensar en formas, no sólo de sobrevivencia o de respuesta a emergentes, sino de acompañamiento a los procesos a largo plazo. Allí se nos hizo evidente la importancia de la sistematización, del análisis, de la inclusión de terceros y de la rectificación, el volver constantemente a hacer lectura de las realidades. Aun cuando en principio funcionaba nuestro lugar en la comunidad, este debía también transformarse permitiendo dar espacio a otras personas, a otros métodos que pudieran aportar a la comunidad.

La sistematización es un proceso que se relaciona con el método propuesto por Freud de volver siempre a sus escritos, en el tanto las teorías funcionan en contexto, son cambiantes, dan cuenta de realidades no lineales ni controladas. En los abordajes en los que entran en contacto las herramientas de la clínica psicoanalítica con lo social, la sistematicidad, la rectificación la escritura y sobre todo también las formas no tradicionales de sistematizar como la puesta en discusión, la problematización sobre los procesos, los círculos de análisis, las reuniones post-giras, se convierten en la diferencia clave entre “intervenciones” psicosociales narcisistas que sólo responden al ego de quienes los facilitan, o procesos éticamente claros.

En esos abordajes comprometidos, constantes, se juegan afectividades de las personas facilitadoras, se viven realidades pesadas que no se deben analizar de forma aislada o individualizada, sino que más bien se deben colectivizar. Desde la perspectiva del Teatro del Oprimido más que en el cierre de procesos, se piensa en la multiplicación, de saberes, de emociones, de sujetos, pues de otro modo sólo existe desgaste y pérdida. Por su parte la burocracia de la academia, específicamente de Acción Social, que solicita informes, facturas, y un papeleo interminable, hace que se facilite el desgaste y que en muchos casos no se finalicen los proyectos por parte de las y los estudiantes. Pero es fundamental hacer la reflexión sobre la importancia de crear redes, de multiplicar y de construir abordajes interdisciplinarios en los cuales no sólo exista un aprendizaje por parte de estudiantes o una ejecución de presupuesto, sino que las comunidades pasen a ser centro de los procesos, eso, sin duda, es un trabajo que la academia como institución debe promover y garantizar y también es algo importante de asumir cuando se hace cualquier abordaje comunitario.

CONCLUSIONES

Durante este proceso hemos tenido múltiples aprendizajes, con respecto al trabajo comunitario, en términos éticos y afectivos. Desde el inicio asumimos nuestro lugar en la comunidad y empezamos a habitar el espacio de una forma crítica, intentando comprender algunos de los elementos que se jugaban con nuestra presencia y buscando la potenciación de las herramientas y resistencias allí presentes, antes incluso de nuestra llegada.

Desde ese momento hemos realizado avances y logramos entender cuál era la temporalidad de El Progreso, en interacción con instituciones y otras redes.

Aprendimos la importancia de tener una mirada crítica y de realizar intervenciones situadas, no sólo en el contexto sino en cada sujeto allí presente. Es por ello que propuse como forma de abordaje, los actos micropolíticos, con el objetivo de lograr la movilización de energías, de formas de poder y de resistencias. Teniendo en cuenta que este no es un trabajo protagónico, nos dimos la tarea de ejercitar esa mirada y esa escucha, actuar en el momento y de acuerdo a los acontecimientos. Por ello nuestros principales logros no son materiales u observables a corto plazo, sino que se trata de elementos que se mantendrán a lo largo del tiempo como parte de la memoria comunitaria.

Gracias a la Iniciativa Estudiantil pudimos emprender este camino y ahora contamos con productos audiovisuales, así como escritos, textos que nos permiten sistematizar y mirar atrás, reconociendo los aprendizajes y empleándolos para un futuro.

FUENTES CONSULTADAS

- Boal, A. (1980) *Teatro del Oprimido y otras estéticas políticas*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones de la Flor.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, España: Anagrama.
- Butler, J. (1993). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Paidós.
- Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona, España: Paidós.
- Butler, J. (2010) *Marcos de guerra, las vidas lloradas*. Barcelona, España: Paidós.
- Caruzo, I. (1974). *El devenir del hombre y la utopía*. D.F., México: UNAM.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1973). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Madrid, España: Pretextos.
- Fals Borda, (2007). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno.
- Foucault, M. (25 de junio de 1997). *No al sexo rey: Entrevista de Bernard Henry-Lévy*. Alianza Editorial: Madrid.
- Freire, P. (1994). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Madrid, España: Amorrortu Editores.
- Guattari, F. y Rolnik, S. (2006). *Micropolítica, cartografías del deseo*. Recuperado de <https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Micropol%C3%ADtica-TdS.pdf>
- Haraway, D. (1999). Las promesas de los monstruos. Una política regeneradora para otros inapropiados/bles. *Política y sociedad*.
- Irigaray, L. (1982). *Espéculo de otra mujer*. México D.F.: Akal.
- Ortiz, M. y Borjas, B. (2008). *La Investigación Acción Participativa: aporte de Fals Borda a la educación popular*. Espacio Abierto, 17(4).
- REDLACTRANS. (2016). *Violaciones a los Derechos Humanos de Mujeres Trans en Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Panamá*. Recuperado de <http://redlactrans.org.ar/site/wp-content/uploads/2016/01/Informe-COMPLETO.pdf>
- Spivak, G. (2003). ¿Puede hablar el sujeto subalterno?. *Revista Colombiana de Antropología*.